



Ahí estaba yo, frente a la multitud, con las manos más sudadas que las de un político en una campaña electoral. Mis latidos eran tan estruendosos que casi hacían vibrar la copa de vino vacía que tenía delante. Sí, vacía, porque mi relación con el alcohol es tan cercana como la de un gato con el agua.

Decidí romper el silencio golpeando la copa con un tenedor, como si estuviera llamando a la revolución. La gente volteó con miradas inquisitivas, preguntándose si acaso se avecinaba una revelación escandalosa o solo otro discurso aburrido.

"Señores y señoras", comencé, "tengo que confesarles un crimen". La multitud quedó boquiabierta, con caras de sorpresa y preguntas flotando sobre sus cabezas como globos de helio.

"Antes de juzgarme", continué, "piensen si este es un crimen de verdad o solo un malentendido cósmico. Y recuerden, en todo crimen hay inocentes". La tensión en el aire era palpable, como si estuviéramos a punto de descubrir quién robó la Mona Lisa.

Y así, con la solemnidad de un sacerdote en confesión, comencé mi relato. El día había comenzado inocentemente, saliendo del partido de pádel con una pelota de tenis "accidentalmente" guardada en mi bolsillo. "Una señal divina", pensé, "debería devolverla".

Pero antes de que pudiera hacerlo, el destino intervino en forma de un peludo habitante de mi hogar: Chief, el perro, también conocido como destructor de pelotas. Antes de que pudiera decir "¡suelta!", Chief ya había convertido la pelota en su juguete favorito, dejándola irreconocible y más baboseada que un bebé en su primer cumpleaños.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que devolver la pelota ya no era una opción. Pero en vez de escurrirme como un delincuente de poca monta, decidí enfrentar mi responsabilidad ante la corte de la opinión pública.

"¡Soy culpable!", grité, esperando la sentencia con la misma ansiedad que un reo en la horca. Pedí perdón y empatía, sabiendo que la verdadera víctima de este crimen era la pelota destrozada.

Y así, la multitud se quedó contemplando mi confesión con una mezcla de incredulidad y diversión, mientras Chief seguía masticando la evidencia con una satisfacción canina indiscutible.